

Los tipos ideales: ¿Faros o anteojeas?

Introducción a “Una conversación entre Joseph Schumpeter y Max Weber” de Walter Trisch*

Nota Introductoria
Gerd Schroeter

La primera vez que esta publicación llamó mi atención fué hace varios años, pero para entonces no estaba en condiciones de verificar su autenticidad

*Tanto la “Introducción” como la “Conversación” fueron tomadas de *History of Sociology, An International Review*, Vol 6, Nº 1, Fall 1985, y traducidas del inglés al español por Fernando Cubides, profesor del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia. Nótese el carácter muy especializado de la publicación. Por otra parte, el tono de las conversaciones transcritas es coloquial, y su contenido en principio solo tendría interés para eruditos y especialistas, y aún ello sería discutible. Lo que le ha ido confiriendo validez es que para entonces los protagonistas se habían convertido en autoridades académicas de renombre en sus respectivos campos de investigación y se otorgaban mutuo reconocimiento como tales; de súbito, por cierta confluencia de ambiente y escenografía, de la situación objetiva del momento y del proceso intelectual de cada uno, se hace evidente una significativa diferencia acerca de la racionalidad de la acción humana y de los enfoques de método para comprenderla. El motivo inicial de la diferencia era nada menos que la Revolución Bolchevique y sus desarrollos iniciales; ello es explícito en la rememoración de Jaspers, e implícito en la de Trisch. Con todo el valor e interés de lo anecdótico, el diálogo y las diferencias que revela va adquiriendo trascendencia en cuanto se puede relacionar con lo más sustantivo de la obra de Schumpeter y de Weber, y, siguiendo sus propias metáforas, contribuye a iluminar aspectos no suficientemente explícitos en ellas. Como el lector puede ver, algunas de las apreciaciones resultaron singularmente predictivas. En conjunto, por la profusión de metáforas a que se acude cuando intentan formular de modo adecuado un problema original, por la sorpresa que demuestran al descubrir sus diferencias, por el alcance que para sus respectivas disciplinas ha significado la obra de los protagonistas, amén de la viveza del diálogo, la transcripción, pese a ser incompleta e imprecisa, ilustra y alecciona. [N del T.]

o descubrir mucho acerca de su autor, Walter Trisch¹. Por lo demás se podían encontrar varias inconsistencias en la descripción ofrecida sobre ese encuentro entre Weber y Schumpeter en Viena, como la afirmación de que Weber enseñó allí después del final de la Primera Guerra Mundial en el año inmediatamente anterior a su muerte. Según la narración ofrecida por Marianne Weber en su detallada biografía, Weber viajó a Viena en Abril de 1918 para enseñar en un curso especial del período de verano. Sus lecciones comenzaron hacia fines de Abril y Marianne viajó para estar con él después del Domingo de Pentecostés; Weber dictó sus famosas conferencias sobre socialismo a los oficiales del ejército austriaco hacia el mes de junio y después de eso regresó a Heidelberg a finales de julio. La guerra duró todavía por más de tres meses hasta el armisticio del 11 de noviembre de 1918. No he encontrado evidencias de que Weber haya visitado Viena con posterioridad.²

Aunque Marianne Weber nunca haya mencionado esta entrevista con Schumpeter, no hay la menor duda acerca de que la confrontación en el café vienés haya tenido lugar en 1918. El economista y banquero Félix Somary la describe en sus memorias³ y su trascurso ha sido más divulgado aún por el libro de Karl Jaspers,⁴ en cuyo relato no solo aparecen personas distintas a las rememoradas por Trisch (Por ejemplo Somary y el historiador Ludo Moritz Hartmann, mientras que no menciona a Trisch ni a Marianne Weber) sino que el tema de la discusión estaba bastante alejado de las cuestiones epistemológicas; más aún: trataba fundamentalmente de valorar la Revolución Bolchevique. Debemos concluir por lo tanto que Weber y Schumpeter se encontraron en más de una ocasión durante la estadía del primero en Viena.

Trisch se refiere a Weber y a Schumpeter como "amigos y oponentes" pero en verdad la relación entre ellos no es tan fácil de entender. Otros como

¹ Por la ayuda suministrada para obtener la escasa información existente acerca de Trisch quiero agradecer a Vivian Nyssonen de la Biblioteca de la Universidad de Lakehead y al Doctor Josef Pampalk de la Biblioteca Nacional de Austria.

² En sus diarios Josef Redlich se refiere a varios encuentros con Weber en Viena: en junio de 1916, y durante mayo y junio de 1918 (Fellner 1954: 120, 272). No menciona sin embargo que Weber haya estado allí el año siguiente. Lo mismo se puede decir de la biografía que hace Toni Stolper de su esposa (Stolper 1960:99).

³ En 1912 Somary participó en las reuniones de la Sociedad Alemana de Sociología. Más tarde Somary y Weber participaron en un grupo de discusión iniciado por Friedrich Naumann para promover una Unión de la Europa central. Juntos suscribieron luego un memorándum oponiéndose a la guerra submarina de carácter ilimitado, que enviaron al Emperador Alemán, y al Canciller a comienzos de marzo de 1916. (Somary 1959:150; Weber 1975: 555, 556; Mommsem: 1984: 229, 231).

⁴ (N. del T. : En la versión española : *Conferencias y ensayos sobre historia de la filosofía*, Madrid, Gredos, 1975).

Turner y Factor los califican de “amigos cercanos” (e incluso llegan a calificar a Schumpeter de ser “weberiano”) (Turner y Factor 1984: 23) y Wolfgang Mommsen lo denomina incluso “discípulo de Weber” (Mommsen, 1984: 299) calificaciones estas últimas que son exageradas. Del otro lado están Somary, quien afirma que el conocimiento, y el trato, entre ellos era apenas superficial (1959: 171) y el propio Schumpeter quien afirma en la nota necrológica que escribió sobre Weber que no lo conoció “ lo suficiente en el plano personal”, lo que no deja de ser cierto.

Weber tenía a Schumpeter en gran estima y prueba de ello es que ya en 1909 se dirigió a él para solicitarle una contribución con destino a la versión revisada de *Grundriss der Sozialökonomik* (Esbozo de Economía Social) junto a colegas como Michels, Sombart y Alfred Weber (Schumpeter, 1914). No resulta claro que los dos se hubieran encontrado con ocasión de los congresos de la Verein für Sozialpolitik (Asociación para la Política Social) aunque Schumpeter haya sido miembro de ella durante el período de 1909 a 1911, y la sede del congreso de 1909 fuera Viena.

En 1912 Schumpeter estaba entre los 14 especialistas a los cuales envió una comunicación Weber en procura de contribuciones para un número especial de la revista cuya temática iba a ser la cuestión de los juicios de valor en la investigación social; su respuesta fué incluida en el número en el que se daba inicio a la discusión, si bien ésta propiamente no tuvo lugar debido al inicio de la guerra.

En el volumen 1917-1918 del *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* Schumpeter fué incluido como editor junto con Sombart y Jaffé, y puesto que poco tenía de común Schumpeter con Sombart, y Jaffé se ocupaba de los aspectos administrativos de la Revista, no hay duda que la iniciativa para esa designación provino del propio Weber. Que Max Weber tenía una muy alta opinión de Schumpeter se refleja claramente en un carta que escribió a Ludo Moritz Hartmann en julio de 1917, en la cual, refiriéndose a la búsqueda de un candidato para la cátedra vacante de economía política en la Universidad de Viena afirma: “... hay varios austriacos muy competentes para ella [por ejemplo] ...Schumpeter...” (Mommsen, 1984: 265) Somary a su turno asevera que al momento de decidir su retorno a Alemania, y antes de partir de Viena, Weber quiso hablar con Schumpeter específicamente acerca de esavacancia.

Qué tanta haya sido la influencia que ejerciera Weber sobre Schumpeter, es difícil establecerlo. (Sus “visiones centrales” de seguro le adeudan mucho menos de lo sugerido por Macdonald [1965; véase también a Hansen, 1966]). En sus escritos más sociológicos se puede encontrar evidencia de que estaba suficientemente familiarizado con las ideas seminales de los textos de Weber (Schumpeter 1914; 1926; 1927 a ; 1939) aun cuando a muchas de ellas las contrvirtiera fuertemente. Pese a los múltiples artículos que

consideran y analizan la contribución de Schumpeter a la sociología (Karrer 1951; Eisermann 1965), Beckerath está en lo cierto cuando afirma que “la mayor parte de su pensamiento sociológico es incidental y subordinada a su pensamiento como economista teórico” (Beckerath 1951: 112), se ha sugerido también que Schumpeter consideraba a la sociología poco más que una confortable actividad para economistas que se hallaban en reposo de sus fatigas... (Harris 1951: 139).

Las influencias intelectuales predominantes en Schumpeter eran claramente Marx y Walras, y él de modo explícito señaló su coincidencia con varias de las formulaciones de Pareto. Mientras que Macdonald identifica “la teoría social de Weber como una de las estaciones de la trayectoria recorrida por Schumpeter” (1965: 393), sus ideas en verdad eran más afines con las de Walras, y con la así llamada Escuela de Lausana, formada en torno a las ideas de Pareto. En su artículo sobre las clases sociales, publicado en 1927, basado en las lecciones que había dictado en 1910, Schumpeter presenta un enfoque holístico y determinista, más próximo a Durkheim y a Othmar Spann, e incluso a Pareto, que a Max Weber. Tan solo en una página (Schumpeter, 1927a: 50) la palabra *función* aparece nueve veces. Lo cual contrasta con aquella formulación de Weber en *Economía y Sociedad*:

“Respecto a las ‘formas sociales’ (en contraste con los ‘organismos’), nos encontramos cabalmente, *mas allá* de la simple determinación de sus conexiones y leyes funcionales. ... Este mayor rendimiento de la explicación interpretativa frente a la observadora tiene ciertamente como precio el carácter esencialmente más hipotético y fragmentario de los resultados alcanzados por la interpretación. Pero es precisamente lo específico del conocimiento sociológico” (Max Weber 1974: 15); y: “Acción como orientación significativamente comprensible de la conducta, solo existe para nosotros como conducta de una o varias personas *individuales*” (Weber 1974: 13). A primera vista es esta diferencia en el enfoque la que con mayor nitidez aparece en la discusión rememorada por Trisch.

¿ Quien fué Walter Trisch ? Poco se conoce acerca de su persona, salvo que nació en Viena en noviembre de 1892, y se educó en las Universidades de Viena, Jena y Heidelberg.⁵ Aparentemente se consideraba alumno tanto de Schumpeter como de Weber, pero en un sentido literal esto es imposible: Schumpeter nunca enseñó en la Universidad de Viena, y Weber cesó de enseñar en Heidelberg cuando Trisch era todavía un niño. Hizo cuatro doctorados, amén de obtener licenciatura en sociología en la Universidad de Marburgo en 1920. En 1930 Trisch fué un activo participante del séptimo congreso de la Sociedad Alemana de Sociología que se llevó a cabo en Berlín. A fines de la década de los 30 vivió en Francia, primero en París y luego en

⁵ La referencia más detallada a Trisch se encuentra en Taylor 1959: 29. Anexo la lista de publicaciones de Trisch según los catálogos de la Biblioteca del Congreso.

Montpellier, hasta que fue enviado a un campo de concentración en 1941, del cual fué sobreviviente. Entre 1931 y 1959 Trisch publicó catorce libros en alemán, principalmente dedicados a figuras históricas individuales como Metternich, Wallenstein, y Enrique IV, pero también títulos como *El crepúsculo de Europa* (1931) y *Herederos del mundo burgués* (1954). Murió en Ascona, Suiza en 1961.

No es fácil decidir qué tanto peso darle a las reminiscencias de Trisch. Tenía sesenta y tres años cuando escribió el relato acerca de un encuentro que tuvo lugar treinta y cinco años antes. Si se equivocó acerca del propio año en que se encontraron Schumpeter y Weber, como lo sugerimos antes, ¿puede esperarse que recuerde con nitidez los detalles de la conversación, las metáforas empleadas, y la conducta de los diversos participantes?⁶ Pero si tenemos dudas acerca de la capacidad de Trisch para hacer una rememoración precisa, también deberíamos tenerlas de la de Somary, cuyo relato se publicó con posterioridad, aunque sea mucho más conocido en la literatura sobre Weber, ante todo gracias a la difusión que le dio Jaspers.

En la versión ofrecida por Somary, más conocida como decíamos, la polémica fué mas cortante y con ribetes dramáticos. Schumpeter subrayó que estaba muy complacido por la ocurrencia de la Revolución Rusa ya que al fin las teorías socialistas serían puestas a prueba. Weber replicó que a causa del bajo nivel de desarrollo existente en Rusia, la vía al comunismo estaría acompañada de una miseria sin paralelo y montañas de cadáveres; Schumpeter a su turno afirmó que con todo sería un laboratorio invaluable. En tanto que Schumpeter se hacía más y más sarcástico, Weber se mostraba más y más agitado hasta que llegó un punto en que se levantó abruptamente y salió del café de manera intempestiva y sin tomar su sombrero, saliendo destocado a la calle. Según ese relato, Jaspers se volvió hacia los otros circunstantes diciéndoles: “¿Como es posible que alguien grite de ese modo en un café?” (Jaspers 1965: 222).

En el relato de Trisch el desacuerdo es más sutil. Se refiere esencialmente a cuestiones de epistemología, y particularmente acerca del enfoque y de la relevancia en el proceso de observación. ¿Es más importante concentrarse en lo que ya está iluminado, que es una porción pequeña, o en aquella mucho mayor, que continúa en la penumbra? Weber y Schumpeter ofrecen respuestas contrastantes, precisamente ilustradas por las metáforas a que acuden, en tanto que uno encuentra más interesante la configuración de la tela de la araña, el otro prefiere observar a la araña mientras está trabajando.

⁶ Por la época que Trisch publicó su relato, Alfred Weber (hermano de Max) se quejaba de que Trisch había comprendido mal lo expresado por Weber, al emplear términos como “prototipos” y “arquetipos” en vez de “tipos ideales”. Es complicado entender la sustancia de esta rectificación en tanto que ya para entonces lo protagonistas en cuestión habían adquirido proporciones innecesariamente míticas.

El contexto en el cuál este debate tuvo lugar y sus circunstancias más específicas son menos importantes que los problemas formulados, tan cruciales y controversiales hoy como lo fueran hace setenta años.

Referencias Bibliográficas

- Beckerath, H. von. 1951. "Joseph A. Schumpeter as a Sociologist". En *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Boese, F. 1939. *Geschichte des Vereins für Sozialpolitik 1872-1932*. Berlín: Duncker & Humblot.
- Eisermann, G. 1965. "Joseph Schumpeter als Soziolog". En *Kyklos* 288-315.
- Fellner, F. (Ed.) 1954. *Schicksalsjahre Österreichs 1909-1919*. Graz, Cologne.
- Hansen, N.M. 1966. "Schumpeter and Max Weber: a Comment" en: *Quarterly Journal of Economics* 80: 488-491
- Harris, S.E. (ed.) 1951. *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, MA: Harvard University Press. (Hay versión en español: *Schumpeter Científico Social*. Barcelona, Ed. Oikos, 1965).
- Jaspers, K. 1965. *Leonardo, Descartes, Max Weber*. London: Routledge and Kegan Paul.
- . 1975. *Conferencias y ensayos sobre Historia de la Filosofía*, Madrid: Ed. Gredos.
- Karrer, H. 1951. "Schumpeters Beitrag zur Soziologie" en *Kyklos* 5: 197-211.
- Macdonald, R. 1965. "Schumpeter and Max Weber—Central Visions and Social Theories". En *Quarterly Journal of Economics* 79: 373-396.
- Mommsen, W. J. 1984. *Max Weber and German Politics 1890-1921* Chicago. University Press.
- Schneider, E. 1970. *Joseph A Schumpeter. Leben und Werk eines grossen Sozialökonomen*, Tübingen: Mohr.
- Schuder, W.S. *Kürschners Deutscher Gelehrten-Kalender*. Berlín: De Gruyter.
- Schumpeter, J. 1914. "Epochen der Dogmen und Methodengeschichte". En *Grundriss der Sozialökonomik*, Tübingen.
- . 1920. "Max Webers Werk". En *Max Weber zum Gedächtnis*, Cologne: Westdeutscher Verlag.
- . 1926. "Gustav Schmoller und die probleme von heute". En *Schmollers Jahrbuch*.

- . 1927a. *Die sozialen Klassen im ethnisch homogenen Milieu*, Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik 57: 1-67.
- . 1927b. "Sombarts Dritter Band". *Schmollers Jahrbuch* 51: 349-369.
- . 1948. *Imperialism and Social Classes*. New York: World Publishing Co.
- . 1967. *Diez Grandes Economistas: De Marx a Keynes*. Madrid: Alianza Editorial.
- Segre, S. 1982. "Pareto and Weber. A tentative Reconstruction of their Intellectual Relationship". En *Cahiers Vilfredo Pareto* 20: 247-271.
- Somary, F. 1959. *Erinnerungen aus meinem Leben*, Zurich: Manese.
- Stolper, N. 1980. *Ein Leben in Brennpunkten unserer Zeit*, Wein-Berlin-New York. Tübingen: Rainer Wunderlich.
- Taylor, N. O. 1981. "Schumpeter and Marx, Imperialism and Social Classes in the Schumpeterian System" en *Quarterly Journal of Economics*, 65: 525-555.
- Taylor S. S. 1959. *Who's Who in Austria 1957-1958*. Montreal: Intercontinental Book and Publishing Co.
- Turner S. P. and R. A. Factor. 1984. *Max Weber and the Dispute over Reason and Values*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Weber, A. 1955. "Max Weber und Joseph Schumpeter mythologisiert" En *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 17 September.
- Weber, Marianne. 1975. *Max Weber: A Biography*. Trad. al inglés Harry Zohn. New York: Wiley.
- Weber, Max. 1974. *Economy and Society: An Outline of Interpretive Sociology*, Berkeley. University of California Press. (La versión española, *Economía y Sociedad*, 2 vols., fué publicada desde 1944 por el Fondo de Cultura Económica, en México. De hecho, fué el español el primer idioma al que fué traducido en forma íntegra esta obra de Max Weber. N. del T.).

Una conversación entre Joseph Schumpeter y Max Weber

(Rememorada por Walter Trisch)

Cuando Max Weber dejó Heidelberg tras finalizar la primera Guerra mundial, y viajó a Viena, hacía muchos años no ejercía la cátedra, y suponía que sus cualidades oratorias entre tanto se habían atrofiado, y que los estudiantes ya no lo entenderían. En verdad su capacidad para fascinar a un auditorio nunca había sido más grande. Pero él desconfiaba de sí mismo y se hallaba siempre en tensión, acudiendo de modo constante a nuevas comparaciones, ejemplos y metáforas para hacerse entender; con todo nunca creía haber hecho lo suficiente y pasaba sus noches sin dormir, como un hombre poseído.⁷ Marianne lo atendía, cual su ángel guardián, con una sensitiva consideración esforzándose en responder sus dudas y atenuar sus temores.

Tuve el privilegio de asistir a la primera discusión de viva voz y cuerpo presente, que sostuvieron Max Weber y Joseph Schumpeter. Para entonces se habían convertido ya en las principales autoridades de las Ciencias Sociales en esos años, siendo al mismo tiempo amigos y oponentes, y fueron profesores míos por varios años.

Con el fin de comenzar la velada del encuentro de una manera digna, y para suavizar la primera confrontación tras un largo interludio, acordamos encontrarnos en un palco en el Burgtheater. No recuerdo con exactitud qué pieza estaban dando (tal vez fuera el *Junger Medandus* de Schnitzler), pero en todo caso la obra tenía escenas bien logradas —y un escenario adecuado— que pretendían recrear la Viena del período de las guerras napoleónicas, tan severamente afectada como fué, una ciudad devastada y condenada. Terminada la pieza al salir del teatro, teníamos la impresión de que esa devastación nos seguía, que donde quiera que miráramos hallábamos trazas de lo que fueron los incendios y saqueos de entonces, además de los recientes, y que estábamos frente a una ciudad sin vida. No es que se hiciesen observaciones explícitas en ese sentido, pero era fácil percibir la impresión que nos causara la representación por el largo silencio en que permanecemos.

⁷ Marianne, su esposa, menciona que Weber solía acudir a pastillas soporíferas, pero en ninguna parte se refiere a que haya tenido noches insomnes durante su estadía en Viena.

Schumpeter fué el primero en manifestar sus sentimientos: "Si, talvez sea buena idea construir arquetipos pues de ese modo sabremos qué permanecerá por encima de toda destrucción". Max Weber no vaciló en responder de inmediato a la formulación de su amigo de una manera académicamente más elaborada: "Definitivamente es importante investigar los campos de fuerza, mediante los cuales podremos aprender a anticipar aquello que sobrevivirá tras todos los pillajes y la devastación".

"Bueno, ninguno de esos enfoques de investigación, nos permitirá levantar del todo el velo del futuro", comentó Marianne con serenidad, "que es, si entiendo bien, exactamente lo que ustedes dos se proponen conseguir".

Schumpeter la corrigió inmediatamente: "Yo sólo pretendo tener claras las alternativas a las que estaremos confrontados. En especial las falsas alternativas".

"¿De manera que usted cree que a la gente se la influenciará mediante argumentos racionales?"

"Oh, ciertamente no," replicó, "pero aun cuando la gente en general no decida de un modo racional, pues por lo general su razón no guía a su voluntad sino que la sirve, sigue siendo distinto si uno se ve a sí mismo confrontando una alternativa genuina, ineluctable, o si descubre que es una falsa alternativa y que por lo tanto no nos puede constreñir".

"¿Realmente lo cree? ¡Qué optimista es usted!" aseguró Weber sonriendo.

"Bueno, entonces me propongo defender de usted mismo el procedimiento de sus propios arquetipos [*Idealtypen* N.del T.]: ¿acaso su decisiva significación no deriva del hecho de que a raíz de ellos, de los arquetipos, un grupo de seres humanos están confrontados a alternativas que toman con toda la seriedad del caso solo por su influencia como ejemplos, sin los cuales las alternativas serían falsas, y por lo cual, tras la desaparición de tales arquetipos talvez sean falsas de nuevo? ¡Después de todo, es solo el faro de la así llamada realidad el que de súbito ilumina un sector distinto del mundo!"

"Si, pero ¿de qué clase extraña de faro es de la que usted habla? ¿Quién lo ha encendido? ¿Quien dirige y controla sus rayos? ¿Qué clase de luz arde allí? Esos son exactamente los interrogantes que estamos tratando de responder".

Schumpeter entonces respondió: "En su calidad de historiador usted está naturalmente preocupado acerca del guardián del faro, o de su amo, y en su calidad de sociólogo usted examina específicamente el espejo cóncavo que recibe la luz y la refleja. Un psicólogo querría investigar los engranajes que mueven al espejo tras la luz. Los teólogos se interesan tan solo en la luz que arde allí, y los economistas no están interesados sino en el combustible que alimenta la luz y que se consume. Si el rayo de luz se limitara a desplazarse

por todo el horizonte en forma pareja, equitativa, como suelen hacer los faros de nuestros puertos terrestres, entonces, en último análisis, sería posible en la actualidad comprender la luz de la que depende toda nuestra realidad, con la ayuda de todas las disciplinas que he mencionado. Infortunadamente nuestro rayo de luz no se mueve llanamente, sino que para una gran segmento de la población, y aún para varias generaciones permanece rígido, apuntando a un solo sector. Para otros segmentos u otras poblaciones iluminará otros aspectos de la realidad y no estamos en condiciones de mirar de un segmento iluminado a otro. Sin transición alguna, entonces y ahora, ocurren abruptas regresiones, tales como una u otra revolución, o redistribuciones de los chorros de luz hacia las realidades individuales de los segmentos de población, que muy pronto no estarán en condiciones de entender las antiguas realidades de sus propios padres. Y ante esos bruscos desplazamientos y cambios del rayo de luz, que en cada caso aparece ante nuestros ojos como si iluminara al mundo entero, todas nuestras disciplinas juntas no nos dicen nada. Sus prototipos no es mucho lo que ayudan y mi análisis estructural tampoco”.

Schumpeter con delicadeza, se empequeñecía de modo deliberado.

Tras la cena, junto a la chimenea, los dos continuaron discutiendo el mismo asunto. Esta vez fué Weber quien comenzó: “¿De qué clase de falsas alternativas quiere liberar usted a nuestros afligidos contemporáneos en primer lugar? ¿Acaso del pensamiento nacionalista?”

“No solo de él. También de todos los socialmente condicionados. Quiero salvarlos, por ejemplo, del falso dilema que entraña la decisión entre dejar la personalidad a su libre desarrollo a expensas de lo comunitario, o dejar que las relaciones comunitarias se desarrollen a expensas de los miembros que las componen. Como si cualquiera de ellas, o las dos, sólo fuesen posibles mediante la subyugación de la mayoría de la gente”.

“¿No creará usted en la igualdad de los hombres, o si?. Eso sería...” La sola posibilidad que así fuese le hacia erizar los cabellos a Max Weber.

“¡ Ciertamente no !”, interrumpió Schumpeter. “No hay error más serio que el prejuicio socialista según el cuál las organizaciones que igualan las oportunidades, por fuerza conducirán a alguna forma de igualdad o de libertad humana. Pero no menos equivocado está el prejuicio de la clase media según el cual la personalidad solo puede existir en oposición a la comunidad, o mediante una rígida adhesión a las inequidades del pasado. Desde la perspectiva del revolucionario solo se ve lo desventajoso, desde la perspectiva del romántico solo lo privilegiado, o en su conjunto solo aquello que está iluminado por el haz de luz. Simplemente los prototipos. Mejor dicho: sólo quienes súbitamente se convierten en prototipos debido a una tan imperfecta iluminación. Sin embargo ésta iluminación, de la que todo depende, y además que depende exclusivamente de ella, es algo inalcanzable para el común de la gente “

“Pero si admite usted que son los prototipos los responsables, y la causa de que los demás queden en la penumbra, ¿porqué se ocupa de tal modo de esa oscura e inefectiva realidad?”

“Puesto que es precisamente allí que se están preparando las siguientes revoluciones y cambios hacia donde se dirigirá el haz de luz, y no en aquellas secciones que nos resultan visibles. Es en esas áreas que han permanecido en la oscuridad, y que suscitan miedo y suspicacia en la gente, que la incitan al odio y a la impaciencia, a la incertidumbre interior, a un rencor hacia la vida que es por cierto el caldo de cultivo para los seductores y para las figuras carismáticas. Por esa razón, por la capacidad que tiene la política económica para abarcar, y afectar, grupos cada vez mayores de personas, sin devaluar la dimensión individual, es que tiene una significación que nunca antes había tenido”.

“Entonces, ¿considera usted que una creciente prosperidad hará mejor a la gente?” preguntó Weber.

“En últimas no. Pero temo que a menudo se confunde prosperidad en su conjunto con movilidad social para los individuos, aquel tipo de movilidad que solo la riqueza personal hace posible. Del mismo modo solemos confundir la satisfacción que trae la prosperidad general —a menudo obtenida por el simple mecanismo redistributivo de los impuestos— con los entusiastas esfuerzos que aplicamos a la obtención de nuestra propia movilidad social”.

“¿Y qué conclusiones extrae usted de tales distinciones, debiera decir de tan sutiles distinciones? Para ser capaz de distinguir movilidad de prosperidad al fin y al cabo una persona ha debido experimentar alguna movilidad”.

Schumpeter reflexionó brevemente, y luego replicó: “Si usted deja emerger con tal claridad a los tipos ideales de cada evento histórico, de seguro lo hace para demostrar las modificaciones de la realidad que pueden obtenerse a través de esos tipos. Pero es posible proceder en sentido contrario. Es posible, con el mismo propósito en mente, comenzar con los cambios que se han introducido en una colectividad humana debido a la aparición de tales protagonistas. Esa vía hace fácil el reconocimiento de los cambios en pensamiento y en juicio cuya introducción se debe a tales tipos. Y resulta claro que la creencia en lo nuevo, en las alternativas que han sido súbitamente iluminadas confronta a la gente con nuevos, y más o menos firmes, diques u obstáculos para la acción que acostumbraban, los convence de la imposibilidad de entender, o aún de ver, los persigue por doquier y hace de ellos unos tontos, los lleva de la nariz por así decirlo, o, también, los inspira para las grandes hazañas. En alguna proporción modifica las sendas por las cuales la gente solía moverse antaño. Bien podríamos representarnos eso mediante el sistema de fuerzas magnéticas, bastante diferente del de Marx quien solo veía el reverso de la medalla, pero quien en últimas era bastante

consciente de la dinámica que opera ahí, aun cuando anduviese bastante equivocado acerca de la naturaleza de esa dinámica. Para estar más seguros el término “mecánica” lo tomamos del árido lenguaje de la matemática y la física, pero en caso de que quisiéramos ponernos a prueba con el lenguaje de los biólogos, en vez de hablar de campos de fuerza, o de tipos ideales y protagonistas, podríamos hablar tal vez de arañas y de telarañas, en cuyas redes los mosquitos, o sea nosotros mismos, somos capturados, a menos que ciertos mosquitos individuales sean lo bastante fuertes para romper la trama de dicha tela”.

“¡Excelente! —acotó Weber—. Podríamos decir entonces que usted se interesa en las telarañas y yo prefiero poner más atención a las arañas que crearon esos sistemas...”

Weber parecía ahora estar en vena y en su elemento. En el curso de la intervención de Schumpeter había dado señales de una creciente inquietud. Se puso súbitamente de pie, se estiró un poco, recostándose contra el costado de la chimenea, para sentarse luego y cruzar las piernas, cambiando de pierna con presteza. Con cierta aprensión Marianne parecía esperar una erupción, que, por lo visto, no tardaría. Tal vez pensara en las noches insomnes que solían seguir a cada una de tales expansiones... Entre tanto Schumpeter miraba con interés y parecía cada vez más etéreo, sentado en el pequeño banquito que había escogido, prefiriéndolo a los sillones. Mientras que a su lado Weber semejaba un profeta clamando desde su torre, mesándose cuidadosamente su barba (Cortada a la manera de Jorge V, o de Nicolás II, o del que estilaban por entonces ciertos príncipes rumanos) y de cuando en cuando estiraba sus manos como si quisiese atrapar a todas las especies de arañas del mundo, todas aquellas que tejen redes o montan trampas de cualquier tipo en la tierra, y en las cuales por miles de años la humanidad ha sido atrapada. El dios de la justicia se convertía en el fundador de un sistema comercial, el dios de los criadores de caballos se convertía, según el clásico ejemplo, en el de la agricultura y de fidelidad para toda la vida, y el dios de los místicos seducía aún a los arquitectos racionalistas que elevaron aquellos templos que son polígonos irregulares con ojivas...

Ninguno de los varios sistemas históricos que desfilaban en su exposición era semejante a otro, el mundo entero parecía estar cubierto por heroicas arañas que surgían de modo incesante, ningún ejemplo de su habilidad tejedora se repetía. Cada nueva realidad ejercía presión para poner en efecto su propia ley de acción. Todas las asociaciones, funciones y campos de fuerza, parecían insignificantes pues eran arrolladas por el tornado de la historia creativa. Todo lo que existía eran prototipos. El propio Dios parecía haber sido el primero en invocar los tipos ideales, y de una vez por todas, antes de acometer la creación del mundo. Quedaban dudas si no lo hubiese hecho justamente para confiar a los sociólogos la decisión adecuada acerca de cuáles

prototipos la gente encontraría válidos en cada caso específico. Del mismo modo que Prometeo robó el fuego de los dioses, Max Weber parecía haberse hecho con el arcano de la colección divina de los tipos ideales, tomado directamente del depósito de la creación, del cuál, cada uno de los varios millones de patrones de telas de arañas, estuviese esperando la hora de su realización.

El fresco histórico trazado, recibía la constante iluminación de su racionalismo empírico, orientado con cierta ingenuidad al uso y la preservación de ciertas concepciones sublimes, acordes con las premisas de valor específicas para cada época histórica, que bien pronto era trascendida para dar curso a la siguiente, de modo irreversible y sin que tal vez hubiera sido entendida de manera adecuada. En este peculiar sistema de telarañas, el expositor se sentía como en casa, pues parecía rememorar la delicada destreza de sus ancestros anglosajones,⁸ mezclada con una buena dosis de racionalidad. Ora se mostraba indiferente hacia las interrelaciones y dependencias funcionales manteniéndolas fuera de su mundo, ora hacía un limpio barrido de todo lo que Schumpeter había creído probar de modo irrefutable, con tal habilidad, sabiduría, perspicacia y elegancia, que parecía dispensarnos de cualquier esfuerzo adicional para en adelante...

Este tornado había durado cerca de una hora. Habíamos escuchado con admiración; Schumpeter miraba a su amigo con el aire del conocedor que observa sin perder detalle el galope del purasangre en las carreras de caballos no queriendo perder ninguno de los movimientos del noble animal.

Por fin, cuando Weber se detuvo para tomar un corto respiro, Schumpeter elevó más de lo acostumbrado su voz clara y tranquila, diciendo:

“ Ha hablado usted como si ninguno de nosotros hubiera existido o descubierto nada. Esta es una situación extraordinariamente interesante. Después de todo la gente es lo suficientemente consciente hoy día de que son posibles ciertas asociaciones y recíprocas dependencias de tipo material y también moral, llámeselas campos de fuerzas o telarañas, concediendo que no desproveen a los fenómenos singulares de su carácter de irrepetibles, de todos modos demuestran en qué sentido dichos eventos únicos son afectados. Somos conscientes en nuestros días que inclusive los portadores de ideas creativas se mueven siempre en contextos que imponen sus limitaciones, su color local, y que al tiempo que ofrecen múltiples oportunidades impiden otras tantas. Es por ello que, sin el conocimiento de los respectivos campos de fuerza en los que dicha gente se mueve, no podemos decir nada definitivo acerca de sus capacidades por singulares que parezcan, de hecho nunca

⁸ N. del T: Trisch hace alusión al significado del apellido de Weber en el alto alemán: tejedor.

podemos saber a plenitud si nos las estamos viendo con marionetas, o personas geniales, o con arañas”.

Nunca había escuchado hablar de ese modo a Schumpeter. ¿Por qué éste, de gran caballerosidad por lo habitual, que proyectaba tal finura, ironía y *savoir vivre*, se mostraba de súbito tan cortante, tan serio, porqué parecía olvidarse de su acostumbrada y vital gracia expresiva? Era obvio que se hallaba en esa situación en que uno se siente al borde de su límite, quiere por ello mismo detenerse pero a la vez insiste en que el otro se detenga. Por regla general Schumpeter estaba más dispuesto a la broma y al gracejo ingenioso que a la confesión. Nunca lo vi tan serio y cortante como en esa velada, y es por ello que se me volvió inolvidable. Por un momento abandonó su cautela y sutileza de un modo drástico. He ahí porqué me aventuro a rememorar esta escena después de más de treinta y cinco años, sin temer que el tiempo transcurrido la haya distorsionado en mi memoria o pueda haber alterado de manera significativa el ambiente o lo sustancial de ese encuentro.

Lo que causó una impresión mas honda en mí fué ver al más discreto de todos los escépticos, establecer el carácter irreversible de ciertas formas de conocimiento, a través de las cuales trasformamos nuestra propia realidad, de modo definitivo, sin una posibilidad de negación. ¡Cuán lejano estaba Max Weber de ese punto de vista!

Posterior discusiones directas entre estos dos hombres tal vez no hayan tenido lugar. Es bien sabido que Weber murió en la primavera siguiente en Munich, de esa epidemia de influenza que tantas víctimas cobró en esos años, particularmente entre nuestros colegas.⁹

⁹ Max Weber murió el 14 de junio de 1920. La sugerencia de Trisch de que el encuentro descrito aquí tuvo lugar en 1919 deja dudas acerca de la fidelidad de su memoria. Como afirmamos antes, nada parece probar que Weber haya estado en Viena en ese año.